

DECIMO QUINTO CONGRESO NACIONAL DE SOCIOLOGIA
TEPIC, NAYARIT, 1964

AMADO NERVO

HOMENAJE

LUCIO MENDIETA Y NÚÑEZ

MARÍA ELENA DE ANDA

AMADO NERVO

PQ7297

.N5

Z593



* 3 2 3 3 7 *

UNAM - INST. INV. SOCIALES

IGACIONES SOCIALES

D NACIONAL

D, D. F.

Nº 02271

PQ7297
NS 593
DB. 032337
KZ. 758622



INVESTIGACIONES
SOCIALES



AMADO NERVO—HOMENAJE



ESTIGACIONES
SOCIALES



DECIMO QUINTO CONGRESO NACIONAL DE SOCIOLOGIA
TEPIC, NAYARIT, 1964

AMADO NERVO

Homenaje

LUCIO MENDIETA Y NÚÑEZ

MARÍA ELENA DE ANDA



INVESTIGACIONES
SOCIALES

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES
UNIVERSIDAD NACIONAL
MÉXICO, D. F.

Primera Edición, 1964



INVESTIGACIONES
SOCIALES

Derechos asegurados conforme
a la Ley.

© Instituto de Investigaciones
Sociales de la UNAM.

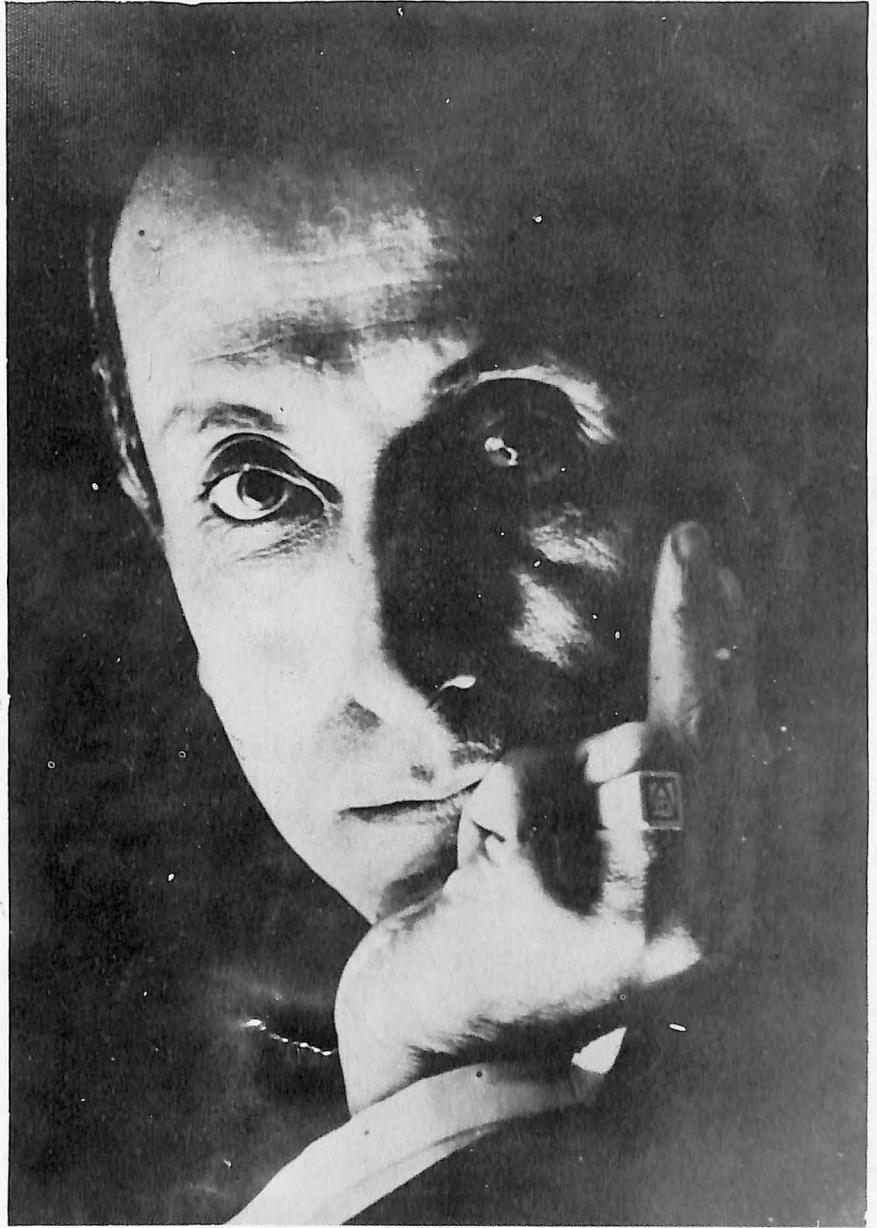
SUMARIO

	<i>Págs.</i>
Exordio	9
Semblanza y vida de Nervo	13
La obra de Amado Nervo	21
El museo de Amado Nervo	35
Anecdótico: A través del humano cristal de Amado Nervo	41



INVESTIGACIONES
SOCIALES





Sobre el fondo negro se destaca su faz en actitud pensativa...



Portrait of a man in a suit, sitting in a chair, resting his chin on his hand.

EXORDIO

La celebración del XV Congreso Nacional de Sociología en la ciudad de Tepic, obliga a los congresistas a rendir férvido homenaje a la memoria de uno de sus hijos preclaros: Amado Nervo, egregio poeta, gloria de México y de las letras del mundo.

Es una obligación moral que cumplimos con beneplácito, no sólo como acto de cortesía hacia la sociedad tepiqueña, sino porque es para nosotros preciosa oportunidad de expresar nuestra admiración por el artista excelso que supo dejar una huella luminosa en los pueblos de América.

Nuestro homenaje habrá de consistir en un breve estudio de la personalidad, de la vida y la obra de Amado Nervo, a través de las semblanzas y de algunos juicios escritos por eminentes intelectuales de diversos países. Con esto está dicho que no agregaremos nada nuevo, como nada nuevo se dice cuando, cada año, en fechas precisas, se recuerda a los héroes de la patria. El valor de esas recordaciones no está en la originalidad de los discursos en los

que sólo se puede repetir lo que ya consigna la Historia, sino en la reiteración de un acto que mantiene viva la llama de la gratitud y del patriotismo.

Así también tratándose de los grandes artistas desaparecidos, que mientras más grandes atraen más la atención de los críticos y de los biógrafos, es casi imposible expresar sobre ellos nada nuevo, porque ya está dicho todo. Pero si al escribirse la última página que los alude en alguna forma, se les cubriera con un manto de olvido, entonces la humanidad perdería su más honda significación. Pues además de los acontecimientos históricos que han configurado políticamente a las naciones al correr de los siglos, lo que enaltece al hombre en la tierra son sus logros científicos, artísticos y morales y en esos logros, los mensajeros del arte representan las más bellas realizaciones humanas. Rememorarlos con devota insistencia, es mantener viva la llama de la cultura.

Yo os invito, esta noche, a recordar en su persona, en su vida y en sus obras, a Amado Nervo que tanto hizo en los dominios de la literatura por merecer que se le recuerde y se le enaltezca de manera constante. Vamos a referirnos a él como a un ser querido que se fue de nuestro lado y que pasado el dolor de su ausencia, cuando los años transformaron la herida en cicatriz perdurable, nos complacemos en evocarlo, ya sin lágrimas, en su figura, en sus palabras, en sus acciones, con serenidad y amor entrañables.

Este símil no es solamente un recurso literario por-

AMADO NERVO — HOMENAJE

que Amado Nervo se entregó generosamente, a través de su obra, en una larga confianza universal para mitigar con sus pensamientos, con sus esperanzas y su fe, el dolor de los que sufren y fue así y es y será para ellos, un hermano admirable que lleva en su propio nombre, el signo de su destino magnífico.



INVESTIGACIONES
SOCIALES

SEMBLANZA Y VIDA DE NERVO

La primera semblanza de Amadò Nervo en sus años de juventud, la trazó con mano maestra otro gran poeta: Luis G. Urbina que lo vio en la redacción del periódico *El Partido Liberal*, en la ciudad de México, el año de 1894. "Cierro los ojos, dice, y contemplo, como en aquel instante, la figura escuálida del joven: el cuerpo de estatura mediana, que parecía alargar lo enjuto de las carnes, lo largo de las piernas, lo huesudo del busto y un levitón negro de corte clerical, que imprimía carácter al personaje; la cabeza de rostro tenso, palidez amarillenta y agüileñas facciones marcadamente españolas; angulosa la nariz, delgados los labios y un bigotillo recién salido, más por retardo de la naturaleza que por adelanto de la mocedad, pues el espiritado muchacho representaba haber pasado ya la edad en que Rafael de Lamartine se asemejaba al bello Sanzio de Urbino. Coronaba el conjunto una melena oscura y lacia sobre la cual un cansado sombrero de seda lanzaba, de mala gana, sus opacos reflejos. Al abarcar la total imagen, despertaba ésta, desde luego, la impresión de que nos hallábamos frente a un seminarista provinciano. Yo me acuerdo de los movimientos un poco

desmañados, de los ademanes un poco zurdos, de la mímica nerviosa que sorprendí desde los primeros momentos de trato con el recién llegado a la redacción del periódico. Hablaba pronunciando de manera especial las palabras, cortándolas con la típica acentuación que distingue a las gentes del interior de la República Mexicana. Y si me acuerdo de los movimientos y de la voz, no olvidaré, no podré olvidar nunca las dos cosas que me revelaron al soñador: la mirada dulce y vagarosa que, cuando se detenía, tornábase intensa y honda, y se encendía en una luz abismal y las manos gesticulantes, expresivas, que se contraían en rápidas crispaturas o se abandonaban en languideces y desmayos elocuentísimos, siguiendo la fulgurante e inagotable verbosidad del poeta.

“Porque el mozo que aparentaba una discreta timidez, iba adquiriendo lentamente confianza y resolución y mostrando la potencia persuasiva de los educados en el ágil pugilato de la dialéctica. En efecto, aquel ingenuo y simpático garzón era un seminarista, era un provinciano, era un poeta. Le acogimos todos con aspavientos cariñosos, lo vimos con impertinencia, lo escuchamos con atención risueña. Entró en el alharaquiento compadrazgo del regocijo y en la santa hermandad de la esperanza. Iba a la metrópoli como el héroe de la opereta: en busca de felicidad y de gloria. Había escrito en las hojas de la provincia. Traía mucho aliento, mucha perseverancia y un tomo de versos inéditos. Se sentía, como el infortunado cantor de las *Ri-*

AMADO NERVO — HOMENAJE

mas, con algo divino dentro de la frente. Se llamaba Amado Nervo".¹

Este retrato fidelísimo, sin retoques; pero por ello mismo un tanto cruel, nos da la impresión exacta del joven que acaba de sufrir una crisis espiritual, pues estando avocado para el sacerdocio católico, de pronto, por causas que no se conocerán nunca, abandonó el colegio religioso de Jacona en donde estudiaba y se lanzó a la gran aventura de hallar su destino en la feria alucinante del mundo. Traía aun, en su persona, en su atuendo, como observa Urbina, el aire de la provincia y el sello indeleble que deja el seminario en sus educandos. Venía de Mazatlán en donde hizo sus primeras armas literarias publicando artículos y poemas en los periódicos del bellissimo puerto y se hallaba en esa época difícil en que la mayoría de los jóvenes no encuentran el aplomo necesario en las relaciones sociales. El mismo se autorretrata recordando su iniciación en la vida literaria de la metrópoli, cuando frecuentaba las redacciones de los diarios de la época. En un estudio suyo sobre Gutiérrez Nájera, dice: "*In illo tempore* yo era un muchacho hosco, tímido y silencioso. Poco avezado a ese encantador juglarismo de la frase, en el que tan hábiles eran Valenzuela, el "Duque", "Monaguillo" y el autor de los *Poemas Cruels* y temeroso siempre de una *gaffe*, limitábame a oír o a admirar".

Se hallaba Nervo en el crítico paso de la adolescen-

¹ Luis G. Urbina. "Amado Nervo" en *Obras Completas de Amado Nervo*. Biblioteca Nueva, Madrid. T. II. "Poemas", pp. 11, 12 y 13.

cia en que la mayoría de los jóvenes no encuentran aún su definitivo aspecto personal, hasta que al correr de los años, la vida, las circunstancias, las posibilidades económicas, las relaciones sociales, la madurez de juicio, van creando la figura definitiva característica de cada quien.

Amado Nervo se hizo querer muy pronto de los grandes poetas y literatos de aquel tiempo, ingresó en sus círculos, pudo trabajar en algunos diarios, llegó inclusive a ser uno de los directores de la *Revista Moderna* y aunque sus comienzos en la carrera literaria fueron duros, la suerte le deparó un mecenas: don Enrique C. Creel, a quien dedicó su libro *Los Jardines Interiores* y logró que *El Imparcial* lo enviara nada menos que a la feria internacional de París, el año de 1900. Allí vivió inolvidables años de juventud al lado de Rubén Darío, compañero de habitación y de bohemia, en el número 29 del Faubourg, de Montmartre, grato a los artistas de todos los países y de todos los tiempos.

Carlos Díaz Dufoo, que lo recibió a su llegada, refiere que al mirarlo las grisetas del pasaje decían: "Voici Monsieur le Christ" y "en efecto, agrega, parecía un Cristo mustio, con su barba descuidada y aguda; un Cristo de cuadro medioeval, de rostro sombreado por la pátina".²

Rubén Darío tuvo la misma impresión. "Si, afirma,

² Citado por Bernardo Ortiz de Montellano, *Figura, Amor y Muerte de Amado Nervo*. Ediciones Xóchitl-México, 1943, p. 40.



Amado Nervo de niño

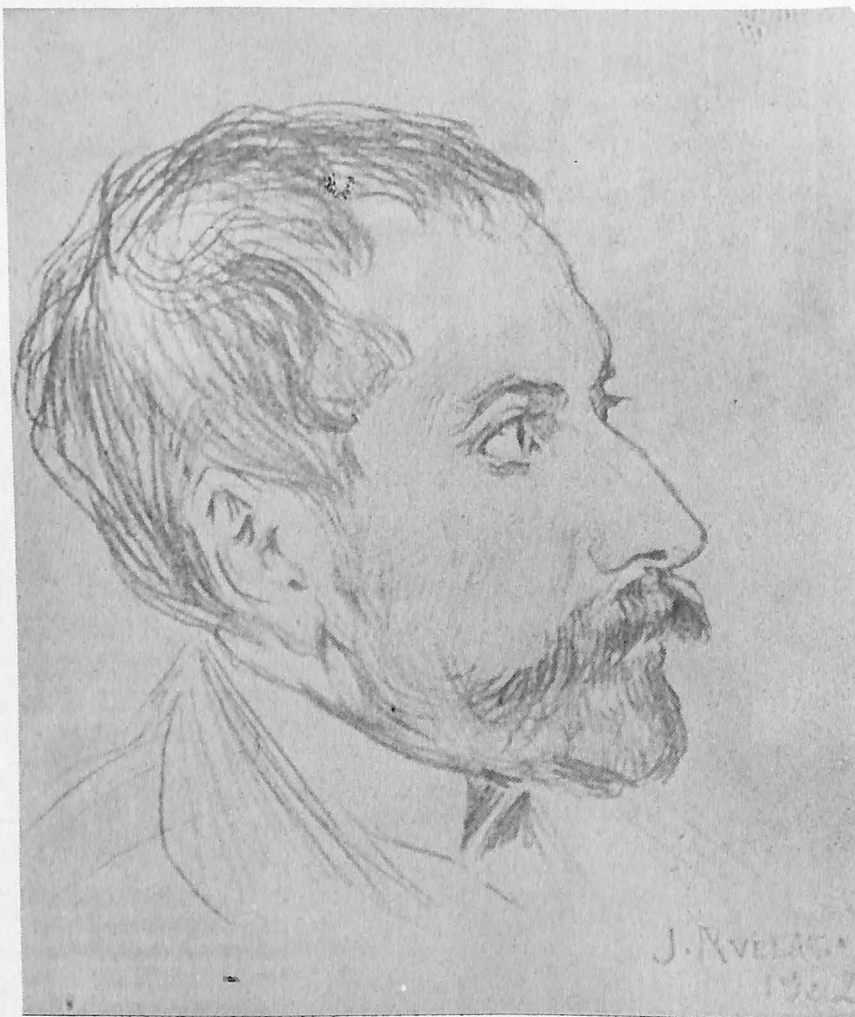


FAMILIA NERVO

Amado, Angela, Catalina, Virginia, Rodolfo, Juanita Ordaz de Nervo,
Luis, Luisa, Concha, Retrato del papá.



Amadeo Nervo; parecía un cristo mustio, con su barba descuidada y aguda... (Carlos Díaz Dufoo)



Amado Nervo. Dibujo de Ruelas

aquel Nervo tenía ciertamente una cara israelita y un aire nazareno”.³

A pesar de su apariencia mística, gozó plenamente su estancia en la entonces capital del mundo de la cultura. El mismo, refiriéndose a los nueve meses que vivió en París en compañía de Rubén Darío, cuenta que solían “regalarse —¡ay, los tiempos no fueron siempre bonan-cibles!— de ricos faisanes dorados (“Dijo su secreto el faisán de oro”), galantinas modernistas, trufas ultracap-ciosas, *etcoeteris*. A veces un cocktail Príncipe de Gales en la taberna del Continental, la bien amada de Huysmans”⁴

No se crea, sin embargo, que se entregó, como tan-tos otros latinoamericanos, en la ciudad de las tentacio-nes, al placer irrestricto. “En París, dice Urbina, supo ir por el barrio latino del brazo de dos camaradas peligrosos: la Miseria y el Vicio, sin que una u otra mancharan la al-bura de sobrepelliz de su conciencia. A todas partes llevó su resignación, su bondad y su amor. Lo acompañó siem-pre la mansedumbre de un ensueño puro”.⁵

Volvió a México en el año de 1903 y se le nombró profesor de la Escuela Nacional Preparatoria e Inspector de Literatura. Aquí se le ve como en París. “Tenía enton-ces —recuerda don Alejandro Quijano—, haciendo marco

³ Rubén Darío. “Amado Nervo” en *Obras Completas de Amado Nervo*, Biblioteca Nueva. Madrid. T. XIX. “Las Ideas de Tello Téllez. Como el Cristal”. T. XIX, p. 12.

⁴ Citado por Bernardo Ortiz de Montellano. *Op. cit.* p. 42.

⁵ Luis G. Urbina. *Op. cit.*, p. 16.

al rostro que siempre fue flaco y amarillo —como de carne abatanada e infundida en marfiles viejos—, una barbilla rala, negra, no muy pulcra. Su faz, así, se parecía un poco a la de esos Cristos prerrafaelistas, los de Giotto, los de Cimabué, no bellos, no blancos, sino cetrinos, empapados en tristeza, transflorando íntimo dolor”.⁶

En 1905, ingresó al servicio diplomático después de sustentar examen y recibió el nombramiento de Segundo Secretario de la Legación de México en España. Entonces cambió bien pronto su aspecto personal. Darío refiriéndose a su nueva apariencia, dice: “El de hoy, mutilado —pues extirpó su bella barba característica y apartó su amable aire de ensueño— es el que corresponde a las atenciones del protocolo”.⁷

Y Alfonso Reyes se pregunta: ¿Qué se hicieron aquellas barbas bohemias que también podían servir de barbas diplomáticas? “Fue, agrega, más inconfundible y auténtico cuando se afeitó: el color moreno, los rasgos arqueados, la nariz interrogativa, los ojos entre magnéticos y burlescos, la boca, tan baja —tan baja que ya era mefistofélica—, un algo de pájaro, un algo de monje, un perfil de sombra chinesca, una gesticulación acentuada —congestionada nunca—; todo parecía decir: Amado Nervo”.⁸

⁶ Alejandro Quijano. “Amado Nervo. El Hombre”, en *Obras Completas de Amado Nervo*. Biblioteca Nueva. Madrid. T. XXIX. “La Última Vanidad”, p. 195.

⁷ Rubén Darío. “Amado Nervo”, en *Obras Completas de Amado Nervo*. T. XIX. “Las Ideas de Tello Téllez. Como el Cristal”, p. 12.

⁸ Alfonso Reyes. “El Camino de Amado Nervo”, en *Obras Com-*



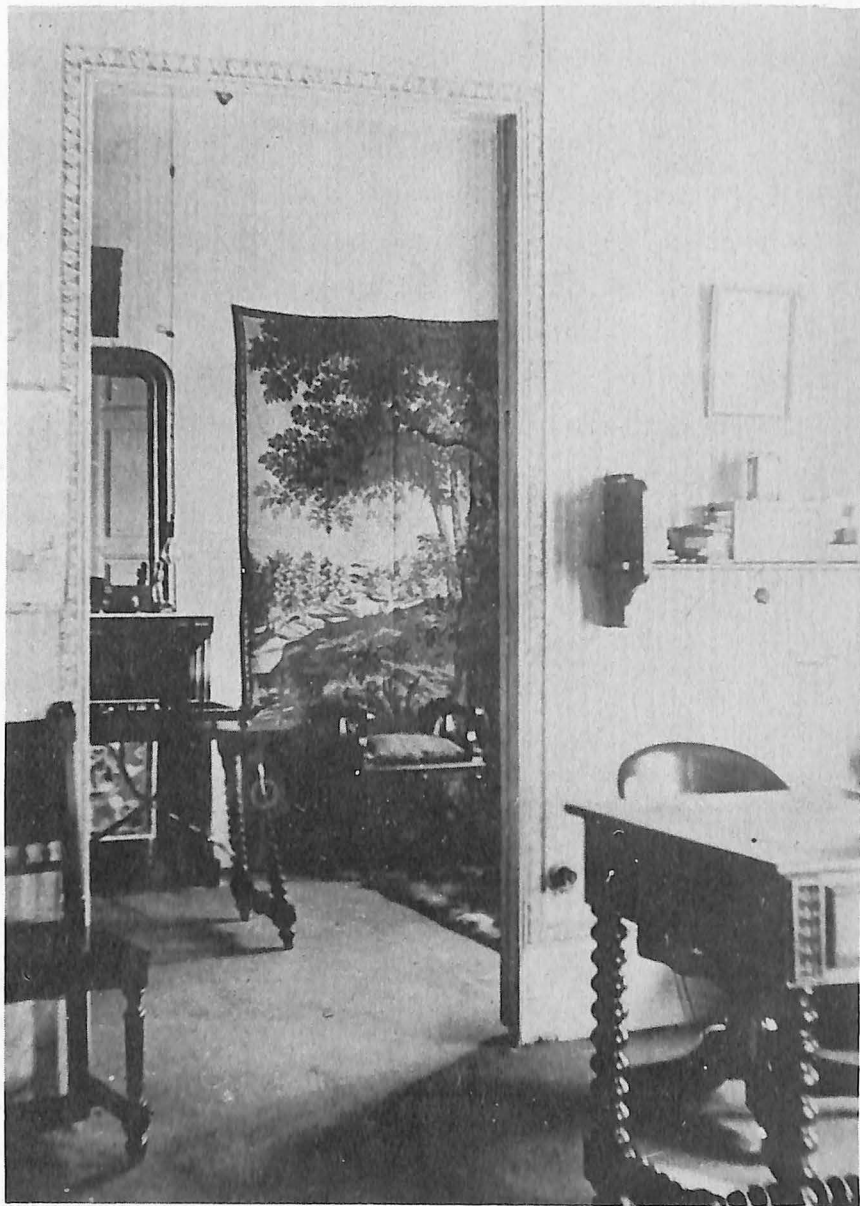
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
SOCIALES
BIBLIOTECA



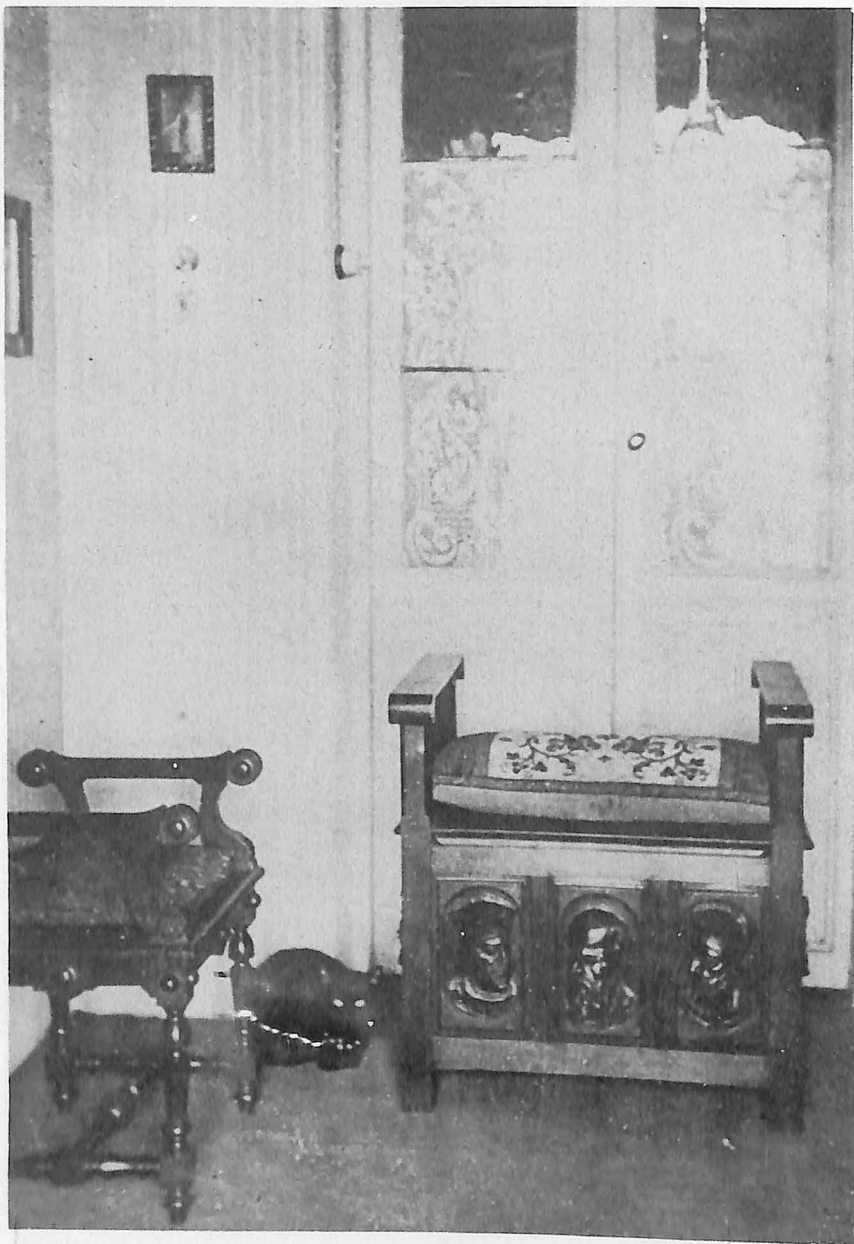
Amado Nervo en traje diplomático



Amado Nervo. Bailen, Madrid



Bailen 15, Madrid



Cuarto en que murió Ana Cecilia Luisa Dailliez. Bailen 15, Madrid

En algunas fotografías íntimas tomadas con pequeñas cámaras de aficionados, lo vemos en Madrid o en los balnearios de Francia y de España, pulcramente vestido como refinado caballero del viejo mundo; pero es en un magnífico estudio logrado por el fotógrafo profesional Lupericio en México, hacia el año de 1918, en donde quedó fijo para siempre su rostro de poeta consagrado por la fama, por la admiración y el amor de sus contemporáneos. Sobre el fondo negro se destaca su faz en actitud pensativa, casi irreal, extrahumana, iluminada por celeste claridad que descubre sus facciones espirituales, sus profundos ojos, para formar una imagen plena de serenidad y de bondad infinita.

Así era Amado Nervo en su persona.

¿Y cómo era en la realidad de la vida? Quienes le conocieron y trataron, nos lo describen como un hombre amable, discreto, que contrariamente a lo que hacía en sus poemas, no entregaba su intimidad. Tenía un trato cordial lleno de encanto. “Hacía de su conversación, asegura Enrique Díez-Canedo, una obra de arte. Sus ademanes distinguidos puntuaban y subrayaban y toda la luz del espíritu se concentraba en su fina máscara azteca”.⁹

pletas de Amado Nervo. “El Diamante de la Inquietud”. El Diablo Desinteresado. Una Mentira. Tomo XIV. pp. 11 y 12.

⁹ Enrique Díez-Canedo. “Amado Nervo”, en *Obras Completas de Amado Nervo*, T. V. “Almas que Pasan”, p. 12.

Alfonso Reyes dice: “Estoy seguro de que nunca se colocaba en el centro; pero allá, en los rincones del diálogo, ¡qué manera de dominar, de hipnotizar y transportar a su interlocutor, como en una nube de espíritu! ¡Qué facilidad para trasladarnos —hablando— de la tierra a los cielos! Y todo con un secreteo de confesor y con una decente voluptuosidad de hombre que promete milagros”.¹⁰

¹⁰ Alfonso Reyes. Prólogo a “Serenidad”, en *Obras Completas de Amado Nervo*. T. XI, p. 10.



Despacho de Amado Nervo en Bailen 15, Madrid



Escritorio de Amado Nervo Bailen 15, Madrid

LA OBRA DE AMADO NERVO

Al propio tiempo que su figura y su aspecto personal, cambió con el transcurso del tiempo su obra; pero siguiendo fielmente una orientación esencial de misticismo y elevación constantes que aparece y reaparece en sus prosas y en sus versos. A los años de juventud vividos en los medios literarios y artísticos de la metrópoli en México, cuando lucía un aire de seminarista provinciano, corresponden sus primeros libros: *Místicas* y *Perlas Negras*, en los que se advierte la influencia de la educación religiosa y del modernismo, del que fue uno de los grandes impulsores. La primera no habría de abandonarlo nunca, pues si bien atravesó a menudo por períodos críticos en los que la duda le atormentaba, renace cada vez con mayor decisión en sus obras sucesivas el anhelo místico a veces con un sentido orientalista para definirse, al fin, en un fondo y puro sentimiento cristiano.

Estas transiciones le procuraron no pocas críticas de los escritores confesionales, al grado de que don Federico Gamboa, exclama: “¡Yo no lo tengo siquiera por un poeta místico; muy lejos de ello! Anda por el volumen mismo de *Místicas*, cierta composición —y en francés nada me-

nos si mal no recuerdo—, que deja harto atrás su amargo reproche a Kempis, que mancha sus alas en la ciénega de la blasfemia y que por dicha, no reaparece en la cadena encantadora de su obra vasta, perdurable y suave”.¹¹

La verdad es que el misticismo no es privativo de una religión determinada; es más bien un estado de ánimo, una actitud ante la vida, una disposición íntima del espíritu. Nervo fue místico en este sentido como se advierte a través de sus libros, desde que abandonó el seminario de Jacona hasta su muerte, si bien es cierto que cuando su misticismo se inspira en el amor de Cristo alcanza sus más puros acentos.

Las transiciones que sufre su obra poética son el resultado de la duda que según dice él y también Unamuno, es acaso la manera más honda y más íntima de creer.¹²

Como en la vida del filósofo Augusto Comte y de tantos otros grandes espíritus, la obra de Nervo experimenta un cambio profundo a partir de la influencia que en él ejerce una mujer amada y sobre todo desde que ella muere cuando la dicha les sonreía. Desde entonces su estilo se torna cada vez más claro y ostenta una aparente facilidad que nada más los verdaderos artistas saben lograr mediante disciplina rigurosa que todo lo depura y alquitara.

“Tras largas complicaciones estéticas, dice Rubén Da-

¹¹ Federico Ochoa. “Amado Nervo”, en *Obras Completas de Amado Nervo*. T. XXIX. “La Última Vanidad”. p. 23.

¹² Miguel de Unamuno. “Amado Nervo”, en *Obras Completas de Amado Nervo*. T. VII, p. 14. “Los Jardines Interiores.—En Voz Baja”.

río refiriéndose a esta nueva etapa en la obra de nuestro bardo, ha llegado a uno de los puntos más difíciles y más elevados del alpinismo poético, a la planicie de la sencillez que se encuentra entre picos muy altos y abismos muy profundos”.¹³

Al mismo tiempo que simplificó su versificación, se hizo más sincero y más humano. Pero estas dos cualidades también le atrajeron críticas e incomprendiones, especialmente de los jóvenes en la primera mitad de este siglo xx. Así, Jorge Cuesta en su *Antología de la Poesía Mexicana Moderna*, dice que: “Distinguimos dos épocas en la poesía de Amado Nervo: la de su juventud realizada en los límites de una inquietud artística, dicha en voz baja, íntima, musicalmente grata y la de su madurez religiosa y moralista, ajena, las más de las veces, a la pureza del arte”.

“Fue Nervo, agrega, una víctima de la sinceridad, no sin ironía, puede decirse que este fue su heroísmo . . . El hombre acabó por destruir al artista”.¹⁴

Bernardo Ortiz de Montellano, a su vez, opina que “Nervo abandonó el arte por la popularidad”.¹⁵

Nada hay más injusto que estas apreciaciones, porque nuestro poeta jamás trató de hacerse popular, es más, cuando la fama lo envolvió con sus luces prodigiosas, escribió estos versos significativos.

¹³ Rubén Darío. *Op. cit.* p. 13.

¹⁴ Jorge Cuesta. *Antología de la Poesía Mexicana Moderna*, Contemporáneos. México 1928.

¹⁵ Bernardo Ortiz de Montellano. *Op. cit.* p. 145.

¡Renombre, renombre, vete! Muchos quieren
que halagues su oído;
muchos se mueren de hambre y sed de elogios.
Olvídame a mí,
con un gran olvido:
como si jamás hubiera existido,
que estoy bien así.

Pero fama no es sinónimo de popularidad. Contrariamente a los pareceres que acabamos de transcribir, don Miguel de Unamuno afirmó: "He aquí a un poeta que no puede llegar a hacerse popular".¹⁶

Y en cuanto a la sinceridad y a la religiosidad que se le critican, es necesario preguntarse si están reñidas con el arte, o si, por el contrario éste, cualesquiera que sean sus expresiones: música, pintura, escultura, etc., alcanza sus más altas realizaciones cuando lo anima el salvador alienato de la sinceridad.

Rubén Darío sentenció: "Ha sido un admirable sincero y por eso mismo es un admirable poeta".¹⁷

Y qué decir del misticismo y de la religión, sino que inspiraron en la literatura y en las bellas artes en general, obras inmortales. En las poesías de Amado Nervo las hay tan valiosas que como opina Perfecto Méndez Padilla, "difícilmente podrían encontrarse en los poetas místicos del siglo de oro".¹⁸

¹⁶ Miguel de Unamuno. *Op. cit.* p. 9.

¹⁷ Rubén Darío. *Op. cit.* p. 14.

¹⁸ Perfecto Méndez Padilla. "Amado Nervo, la Evolución de sus Ideas y Retorno a la Fe", en *Obras Completas de Amado Nervo*. T. XIX. "La Última Vanidad", p. 175.

Alguno de sus críticos hace ver que en la obra de Amado Nervo hay no pocas flaquezas literarias. Alfonso Reyes parece coincidir con este punto de vista cuando piensa que “quizá nuestro poeta alarga la sinceridad más allá de las preocupaciones del gusto”.¹⁹

Y es verdad, ¿pero acaso ha existido poeta alguno que alcanzara en todo la suma perfección del arte, la máxima expresión de la poesía?

En el poeta hay dos personalidades, la del poeta propiamente dicho y la del versificador; cuando se unen surge la verdadera poesía; pero raras veces se unen. Paradójicamente, en todos los poetas hallamos muchos versos; pero muy poca poesía. En general, en la producción de los poetas el hombre del oficio que posee lo que pudiera llamarse la técnica, o mejor dicho la artesanía de la versificación, acaba por ser como su segunda naturaleza y por eso, con frecuencia, cuando aflora en su mente una idea la viste desde luego con las galas del verso; pero no toda idea versificada alcanza siempre la gracia de la poesía.

Y esto lo saben los mismos bardos que por eso tienen horror a las Obras Completas. Amado Nervo lo expuso con la honradez que lo enalteció toda su vida cuando dijo:

“He hecho innumerables cosas malas, en prosa y en verso; algunas buenas; pero sé cuáles son unas y otras. Si hubiera sido rico no habría hecho más que las buenas y acaso hoy sólo se tendría de mí, un pequeño libro de arte consciente, libre y altivo. ¡No se pudo! Era preciso vivir . . .

¹⁹ Alfonso Reyes. *Op. cit.* p. 10.

De todas las cosas que me duelen, es esa la que me duele más: el libro breve y precioso que la vida no me dejó escribir”.²⁰

En realidad se engañaba, porque la perfección poética no depende de la holgura económica de los poetas. Suceden dos cosas: La primera, que en cuanto un escritor adquiere fama, es solicitado por revistas, periódicos y editores y como tiene que subsistir y cultivar su nombre, pues si se aparta de la vida social, corre el riesgo de sepultarse a sí mismo en el olvido, escribe todo lo que puede haciendo uso de su dominio de escritor y en este producir por encargo, raras veces aparece la inspiración. No quiere decir esto que cuanto escribe no tenga, siempre, algún mérito, un mínimo encanto avalorado, además, con su prestigio; pero en la generalidad de los casos, allí puede haber ingenio, artificio, belleza en la forma; pero no poesía.

Y la segunda cosa que sucede es que ante una producción caudalosa cuando el poeta ha dejado este valle de lágrimas, resulta casi imposible escoger lo mejor para publicar no sus obras completas, sino sus obras escogidas. Pues aquí surge una cuestión capital sumamente delicada. ¿Escogidas por quién y con qué criterio? ¿Hay acaso algún crítico infalible que nos diga lo que es bueno en la cosecha de un poeta y lo que debe arrojarse, despectivamente al cesto de los papeles inútiles? Indudablemente que no, cada crítico tiene su propio gusto, sus personales pun-

²⁰ Citado por Perfecto Méndez Padilla. *Op. cit.* p. 178.

tos de vista. La prueba de ello es que no hay dos que coincidan cuando se trata de formar una antología.

En cuanto al criterio de selección, depende también de la personalidad del que escoge y a veces, hasta de sus posiciones morales o de sus creencias religiosas. Así, Perfecto Méndez Padilla expuso su parecer en el sentido de que el florilegio de Nervo se hiciera "sometiéndolo a la censura de la autoridad eclesiástica, toda vez que el autor murió en el seno amoroso de la religión católica", lo que es inadmisibile porque las bellas artes pueden o no inspirarse en la religión; pero están más allá de todas las religiones.

Y acontece una cosa más contra el deseo del libro único, perfecto, que soñara Nervo. Cuando un artista llega a las cimas de la admiración universal, todo lo que de él proviene, cualquiera que sea su valor estético y lo mismo si no lo tiene, adquiere un valor estimativo incalculable; se aprecia, se conserva, se ambiciona hasta el punto de que entra en el juego comercial de las cosas y se le asignan precios, en ocasiones fabulosos. En el caso de las artes plásticas, un apunte insignificante de Picasso, por ejemplo, resulta verdadera joya en pinacotecas privadas y en museos. Lo mismo los originales, los autógrafos, las cartas manuscritas de los escritores inmortales. Y esa estimación casi fetichista se extiende a cuanto escribieron y se publicó en letras de molde. De ahí que los compiladores se den a la tarea de hurgar en las hemerotecas, en los archivos de diarios y revistas, en las correspondencias privadas para

descubrir hasta la nota más breve, suscrita por una figura egregia del mundo de las bellas artes.

Y nosotros pensamos que está bien que así sea. Concretándonos a la poesía, repetiremos que no hay un sólo poeta que haya logrado su gracia divina en la totalidad de sus versos. La poesía es, en todos los poetas auténticos, el resultado de lo que, aplicando una frase de Stefan Zweig podríamos llamar sus momentos estelares, aquellos en que las palabras se engarzan en la forma que expresa la luz interior, la intuición, la inspiración, a veces, la revelación magnífica de la belleza en plenitud.

Y es de la producción lograda en estos momentos estelares de donde surge, de donde se deriva la admiración que despierta el poeta, la fama que lo circunda y que se extiende, luego, a todo lo que escribe. Es una especie de deificación en vida semejante a la de los astros del cine, con la diferencia de que en tanto que la suya es en verdad efímera, porque cesa en cuanto dejan de aparecer definitivamente en las pantallas, la de los poetas verdaderos pervive a través del tiempo y del espacio como una lámpara votiva alimentada por el amor de las generaciones que en él hallaron el inefable don de la poesía.

Y puesto que no son deseables las selecciones, las obras escogidas, aceptemos las obras completas de los grandes bardos porque tienen la virtud de mostrar toda su labor, todos sus momentos creativos a fin de que cada quien escoja para su deleite, lo que responde a sus gustos, a sus estados de ánimo, a su capacidad de goce estético.



De Nervo se publicaron, bajo el cuidado de Alfonso Reyes, las obras completas nada menos que en veintinueve tomos, editados por la colección denominada Biblioteca Nueva, en Madrid, preciosamente ilustrados con dibujos de Marco y alguno por Julio Ruelas.

También la Editorial Aguilar publicó el año de 1962, en Madrid, las obras completas del ilustre bardo en dos tomos de normales dimensiones preciosamente empastados y en papel de tan fina consistencia, que contienen no solamente todo lo publicado en los veintinueve tomos de la Biblioteca Nueva, sino además numerosos artículos periodísticos y otras publicaciones no coleccionadas. El volumen primero es la total recopilación de los trabajos en prosa que van precedidos por un ensayo magnífico del notable escritor Francisco González Guerrero, y el segundo de poesías con acotaciones y juicios críticos de don Perfecto Méndez Padilla.

Hay en esta vasta producción, prosas y versos de varia índole, que a pesar de cuanto se ha escrito sobre Nervo, están esperando un estudio cuidadoso y profundo, desde el madrigal preciosista, la conferencia de gran decoro y el ensayo como el dedicado a Juana de Asbaje; la novela de sabor nacional, el cuento ingenioso, la cróniquilla volandera, hasta los magníficos poemas de aparente sencillez; pero en verdad cincelados con pasión de orfebre.

Además del misticismo que matiza la obra de Amado Nervo, se advierte en ella el ritornelo de la muerte y sobre todo en los últimos años de su vida, el deseo de co-

municación, de entrega total en confidencias o en profesiones de fe de valor universal. Digamos algo sobre esto.

Para Enrique Díez-Canedo, "la vida de Amado Nervo tal como nos la deja ver, libro tras libro, su obra de escritor, no fue sino una larga preparación para la muerte".²¹ Parece, así, que nuestro poeta fuera completamente infeliz en este mundo y que deseaba extinguirse cuanto antes.

Hay, sin embargo, tres maneras de considerar la muerte: como liberación de sufrimientos físicos o morales; como acto de rebeldía; fuga de una existencia en la que no se han podido realizar deseos, amores y ambiciones soñados y como medio de penetrar en el misterio del más allá.

Nervo, la mayor parte de su vida no sufrió la infelicidad. Tuvo duros comienzos en su carrera literaria; pero bien pronto la suerte le sonrió y una vez que hubo ingresado a la diplomacia, llevó una existencia placentera, sin apuros económicos, sin dolores físicos, gozando las delicias de la consideración general y de un amor maravilloso. No tenía por qué desear la muerte, simplemente la veía sin temor y la consideraba como la solución del misterio del universo. Así lo dice en aquel poema que empieza:

La muerte nuestra señora,
está llena de respuestas
de respuestas para todos
los porqués de la existencia.

²¹ Enrique Díez-Canedo. "Amado Nervo", en *Obras Completas de Amado Nervo*. T. V. "Almas que Pasan". p. 13.

Y en lo que se refiere a la tendencia que ilumina la etapa final de su obra que consiste en lo que algunos han llamado consejos y confidencias, desestimando cuanto hay de eso en sus poemas como algo ajeno a la poesía, tenemos que preguntarnos, ¿qué es la poesía?

Definir la poesía resulta prácticamente imposible, porque acaso su esencia está en ser indefinible. No es privativa del verso ni de forma alguna de literatura, tampoco de manifestación determinada del arte, lo mismo aparece en el poema que en un conjunto de notas musicales, en tal o cual giro de la prosa, en la pintura de un paisaje, o de un rostro, en la armonía de una estatua, en escenas de teatro o de cine. Tampoco hay reglas, métodos, recetas para crearla, ni para sentirla, es una revelación tanto para el artista que logra captarla en sus momentos inspirados, como para quien de pronto bajo el influjo de la obra de arte la descubre y la siente con un gozo inefable. En ocasiones la hallamos en un soneto o en una estrofa de claridad meridiana en donde las palabras se van engarzando dentro de lógica impecable para surgir en la nitidez de una idea que despierta o que evoca las más puras emociones. Otras veces parece ocultarse, no se entrega fácilmente sino que se cubre de velos, de suaves melodías, de matices, de claroscuros para llegar a través de certeras intuiciones a los más hondos veneros del alma. Y es alegre como el sol de la vida, o llena de gracia o de candor. Suele mostrarse con delicada faz de tristeza, de melancolía y en discretas expresiones de dolor infinito.

Pero si no hallamos la definición de la poesía, cuando menos sabemos que es una manera de comunicación espiritual.

Johannes Pfeiffer, considera que la participación es la esencia misma de lo poético. Viene, dice, de la palabra participar, derivada de las palabras latinas *peas capere* que quieren decir hacer que otros tomen parte en lo que tenemos dentro, y agrega, la única actitud artística ante el arte es y será siempre, una participación sentimental y emotiva.²²

Ese deseo de hacer participar a sus lectores en sus pensamientos, en su actitud frente a la vida, en sus propios dolores, es lo más valioso de la obra de Nervo. Las palabras, consejos y confidencias, son demasiado vulgares para definirla; es más bien una entrega generosa de sí mismo a la conciencia del mundo en confesiones y en experiencias que se dan a todos en una profesión de fe, en palabras de máxima sabiduría para guiarnos en las encrucijadas de la suerte, dichas con nobleza y emoción, como apunta Unamuno: "En voz baja, al oído y en recato. En voz baja de uno a otro, dejándolas caer del oído al corazón".²³

Y esta es, en los verdaderos poetas como Amado Nervo, auténtica poesía.

"Del mundo espiritual, dice Enrique González Martínez, como del mundo económico, habrá de desterrarse el monopolio, y a quien haya tocado en suerte el oro del ge-

²² Johannes Pfeiffer. *La Poesía*. Fondo de Cultura Económica, p. 17.

²³ Miguel de Unamuno, *op cit.*, p. 9.

nio o la preciosa esencia de la virtud, tendrá que hacer partícipes a los otros de sus bienes inapreciables, porque es ley de caridad. El arte debe ir a la vida y mantener de par en par sus puertas hasta que la paz de las almas se afiance”.

“El gran poeta de hoy, agrega, como el vate de todos los tiempos, ha de tener la voz profética y el aliento apostólico, so pena de ser arrollado por la angustia que pasa y desconocido por los que nada encuentran de común con él.”²⁴

Desde que Nervo orientó su poesía de manera definitiva dentro de difícil sencillez literaria en un afán de comunicación espiritual con los demás, logró páginas maestras, armonías inolvidables que acrecentaron su fama, y ya que estamos deshojando en su honor como flores inmarcesibles los merecidos juicios laudatorios de egregias mentalidades, recordemos, una vez más, a Enrique González Martínez quien dijera: “Por sus matices de sentimentalismo aristocrático, por su don musical, por su verso en voz baja, por su percepción aguda de las cosas pequeñas de la intimidad amorosa, llegó al corazón de las mujeres. Por su palabra trascendental, por su sinceridad humana, por su limpieza de doctrina y por su unción de iluminado, se hizo oír y se hizo amar de todos los hombres”.²⁵

Y es que en las páginas de sus libros de esa época que fue la final de su existencia, en *Elevación*, en *Sereni-*

²⁴ Enrique González Martínez. “Amado Nervo: El Poeta”, en *Obras Completas de Amado Nervo*. T. XXIX. “La Última Vanidad”, p. 218.

²⁵ Enrique González Martínez. *Op. cit.* p. 223.

LUCIO MENDIETA Y NOÑEZ

dad, en la Amada Inmóvil, en Plenitud, hay según la frase de Flaubert, citada por Darío, prosas y versos que quisiéramos estrechar contra nuestro corazón.²⁶

²⁶ Rubén Darío. *Op. cit.* p. 17.

EL MUSEO DE AMADO NERVO

Uno de los más difíciles problemas de la Sociología del Arte, es el de saber y sobre todo medir la influencia que ejercen las obras artísticas en la sociedad y en los individuos. Es indudable que esa influencia existe; ¿pero hasta dónde llega y cuál es su magnitud? Por ahora sólo podemos apreciarla por ciertos signos exteriores. En el caso de Nervo la atracción que ejercía en todas partes, las demostraciones sociales de afecto y de admiración de que fue objeto, las notas periodísticas que lo ensalzaban y cuando falleció, por las expresiones de duelo que descubrieron la honda huella que dejaron sus obras.

La muerte de Amado Nervo acaecida en Montevideo el 24 de mayo de 1919, causó una verdadera conmoción internacional en la América Latina. Diplomático alguno como él, con su deceso, realizó durante su vida, labor tan efectiva de acercamiento entre México y los pueblos hermanos del Nuevo Continente. Su cuerpo embalsamado fue traído a las playas de Veracruz en un barco de guerra del Uruguay, escoltado por un crucero argentino y durante la travesía, que fue larga, los Gobiernos, las Universidades y los intelectuales de todos los países en cuyos puertos se detuvo el fúnebre convoy, le rindieron sentidos homenajes.

Ya en aguas del Caribe, se unieron a las naves men-

cionadas, el barco escuela mexicano Zaragoza, el crucero Cuba y el también crucero norteamericano Niágara.

Fue así como se destacó, el diez de noviembre hacia el mediodía, en el horizonte de tierras veracruzanas, la imponente formación de buques empavezados con innúmeras banderas escoltando al que ostentaba un pendón luctuoso.

En Veracruz y en la ciudad de México, se tributaron a Nervo grandes, póstumos honores. Sus restos fueron colocados en la Rotonda de los Hombres Ilustres; pero cuando cayó sobre el féretro el último puñado de tierra y se dijo el discurso final, no entró el poeta como tantos otros en la sombra del olvido. Desde entonces su tumba ha sido y es una de las más visitadas por admiradores de varias generaciones; de sus obras se han hecho numerosas ediciones. *Plenitud*, es libro de cabecera de innumerables personas y hay un callado amor filial, una devota admiración femenina que le rinde culto en apartado retiro. Es la hija de Ana Cecilia Deliez; llegó a su lado siendo una niña. Ambas formaron con él un hogar feliz, en Madrid.

Ana murió, la niña de entonces que creció y se hizo bella mujer educada y guiada por nuestro gran poeta, es ahora una dama distinguida que mantiene vivo en su mente y en su corazón, el recuerdo de Amado Nervo.

Las relaciones de Nervo con Ana Cecilia Deliez fueron de tal modo íntimas, que a pesar del libro admirable *La Amada Inmóvil*, en el que relata sus amores y es todo un grito de dolor infinito, se llega a dudar de su existencia.

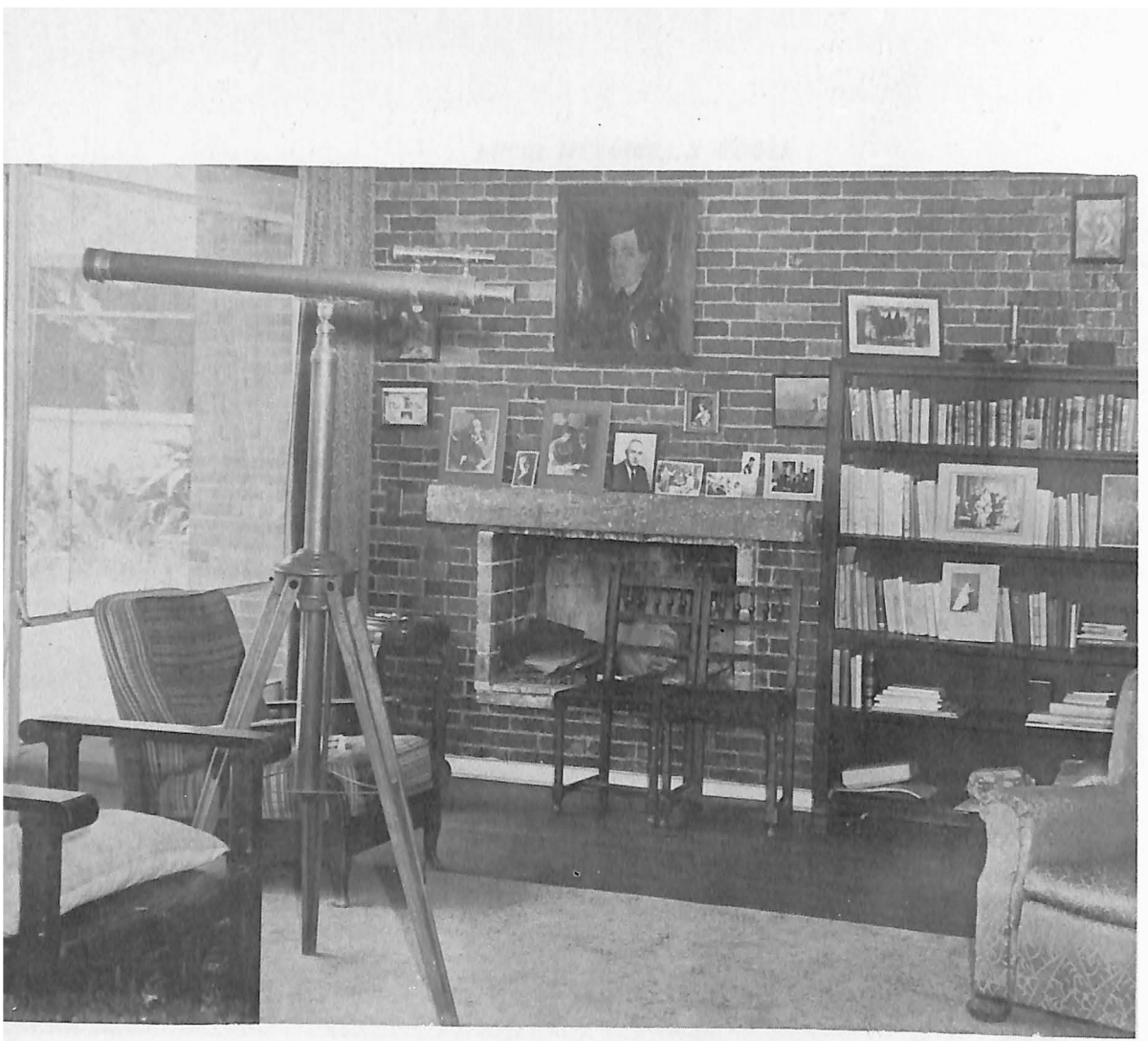
“Entre la soledad y el silencio de la vida del poeta,



La casa de la familia Padilla Nervo. Calle de Francisco Murguía 18,
en donde está el Museo de Amado Nervo



INVESTIGACIONES
SOCIALES



Lo que primero llama la atención es el gran telescopio



Ana Cecilia Luisa Dailliez. París



Ana Cecilia Luisa Dailiez

escribe Ortiz de Montellano, encontramos la sombra bienhechora de Ana. Lee sus versos. Pasean juntos a solas. Es un amor secreto, oculto, gozado en la intimidad — ¡ni los amigos de Nervo la conocieron! — como las experiencias místicas de su pensamiento”.²⁷

Yo tuve el privilegio de visitar la casa de la hija de Ana, hoy señora de Padilla. Está en una calle de Tacubaya, no diremos tranquila; pero sí un tanto apartada de la intensa vida de nuestra gran metrópoli. Allí se encuentra lo que pudiera llamarse el Museo de Amado Nervo.

La residencia es de arquitectura moderna, ocupa extensa superficie. En medio de jardines se levantan sus dos pisos; en el de la planta baja, compuesta de espaciosos salones, hay uno, el del fondo, que está dedicado completamente a la memoria del egregio poeta mexicano. Es un elegante recinto provisto en uno de sus lados, de grandes ventanales que dan hacia un jardín interior, lleno de luz y de paz, en donde crecen las plantas y las flores y descienden confiadamente los pájaros.

Entramos en esta habitación poseídos de emoción indefinible, mezcla de respeto y de curiosidad, pues no teníamos noticia de que hubiese en la capital un lugar de esta índole, especie de capilla privada, sitio de remembranza y de retiro exclusivo de una mujer admirable que parece haber logrado, allí, detener el curso inexorable del tiempo.

²⁷ Bernardo Ortiz de Montellano. *Op. cit.*, p. 94.

En cuanto ha sido posible, se cuidó de colocar los muebles y las cosas de modo semejante a como estaban en la casa que habitaron Ana, su hija y Amado en Bailen 15, Madrid, hace cincuenta y nueve años.

Lo que primero llama la atención es el gran telescopio colocado en el centro del amplio despacho y como enfocado hacia los espacios siderales que tanto gustaba de explorar el poeta durante las noches madrileñas en su afán por escudriñar el misterio de los astros, afición esta de la que se encuentra más de una influencia en sus poemas.

En el fondo, cerca del ventanal se halla el escritorio en el que trabajaba Amado Nervo en la intimidad de su hogar. Allí está el sillón en el que solía sentarse para escribir, allí el calendario abierto en la fecha, un día 24 en que abandonó Madrid, para volver a su patria a encargarse de la honrosa misión que le fue conferida como Embajador de México en Uruguay y Argentina. Vemos la pequeña carpeta todavía con las huellas del uso y de la tinta en sus hojas interiores. Hay además, otros objetos, como la plegadera para abrir las páginas de los libros, provista en uno de sus extremos de un lente amplificador de letras minúsculas y para ayudar en la lectura de viejas escrituras.

Dos estantes fronteros, guardan los libros preferidos del poeta. Los hay de diversa índole, lo mismo científicos que de literatura, novelas, poesías y destacándose entre todos, algunos en antiguas ediciones con cubiertas de pergamino como las obras de Juana de Asbaje; las de Marcial;



Numerosos dibujos, algunos de Julio Ruelas y por fin el retrato de Ana Cecilia Dailliez...



INVESTIGACIONES
SOCIALES



...Un rincón del Museo de Amado Nervo en que aparece la caricatura del poeta, obra de García Cabral



Otro rincón del Museo de Amado Nervo



Un sillón labrado de los que usaba Amado Nervo en su biblioteca

Los Nombres de Cristo, de Fray Luis de León; *La Biblia y La Imitación*, de la que escribiera:

¡Oh Kempis, Kempis, asceta yermo
pálido asceta, que mal me hiciste!
Ha muchos años que estoy enfermo
¡Y es por el libro que tú escribiste!

Tomamos esta obra en nuestras manos para hojearla y advertimos que tiene muchas anotaciones en la mayoría de sus páginas.

En los muros se ven varios retratos de Nervo; en uno vestido con el uniforme diplomático de la época, en otros formando grupos con amigos; hay una fotografía de Rubén Darío en su lecho de muerte con esta leyenda manuscrita: "Prohibida la reproducción" y numerosos dibujos, algunos de Julio Ruelas y por fin, el retrato de Ana Cecilia Dailliez, que nunca antes vimos, pues no había sido publicado. Es una fotografía iluminada, una amplificación de cortas dimensiones que muestra a una mujer en la flor de la edad, blanca, de pelo rizado, ojos claros, vestida con sencillez; pero es en otro retrato, en un álbum de familia, en donde la vemos en la plenitud de su distinción y su belleza, con sus finas facciones aristocráticas que nos hacen recordar aquel poema en el que Nervo escribió: "Mas que muchas princesas, princesa parecía. Quien la vio no la pudo ya jamás olvidar".

En un mueble de fina talla, en los libreros, en pequeñas repisas, hay figurillas de marfil y pequeños recuerdos de los lugares de Europa recorridos en unión de la bien

amada. En un rincón están los bastones que solía usar y un violín, “el instrumento del diablo”, según decía porque nunca logró dominarlo.

En un cofre de madera hay una mantilla negra cubriendo amorosamente la mascarilla del poeta, que muestra en la boca apenas entraabierta, el leve, impresionante rictus de la muerte.

Todo en esa morada respira paz amable, sonriente, de hogar por el que pasó la dicha y que habla de su dueño y señor espiritual, “hombre —al decir de Rubén Darío—, de tranquilidad, de orden, con instintos de coleccionista y ciertos gustos de abad”.

Sí, de haber vuelto a México de su viaje sin retorno, a Amado Nervo le habría complacido vivir en una casa así, en una habitación así, amplia y luminosa, imagen de la serenidad, del recogimiento y de la meditación que tanto amaba.

Y puesto que ya hemos evocado al gran bardo en su persona singular, atrayente y amable, en su vida sencilla y fecunda dedicada al bien, a la elevación y la belleza y en su obra multiforme en la que brillan como gemas preciosas, versos y prosas de valor eterno, que sea esta evocación un humilde homenaje a su figura inmortal.



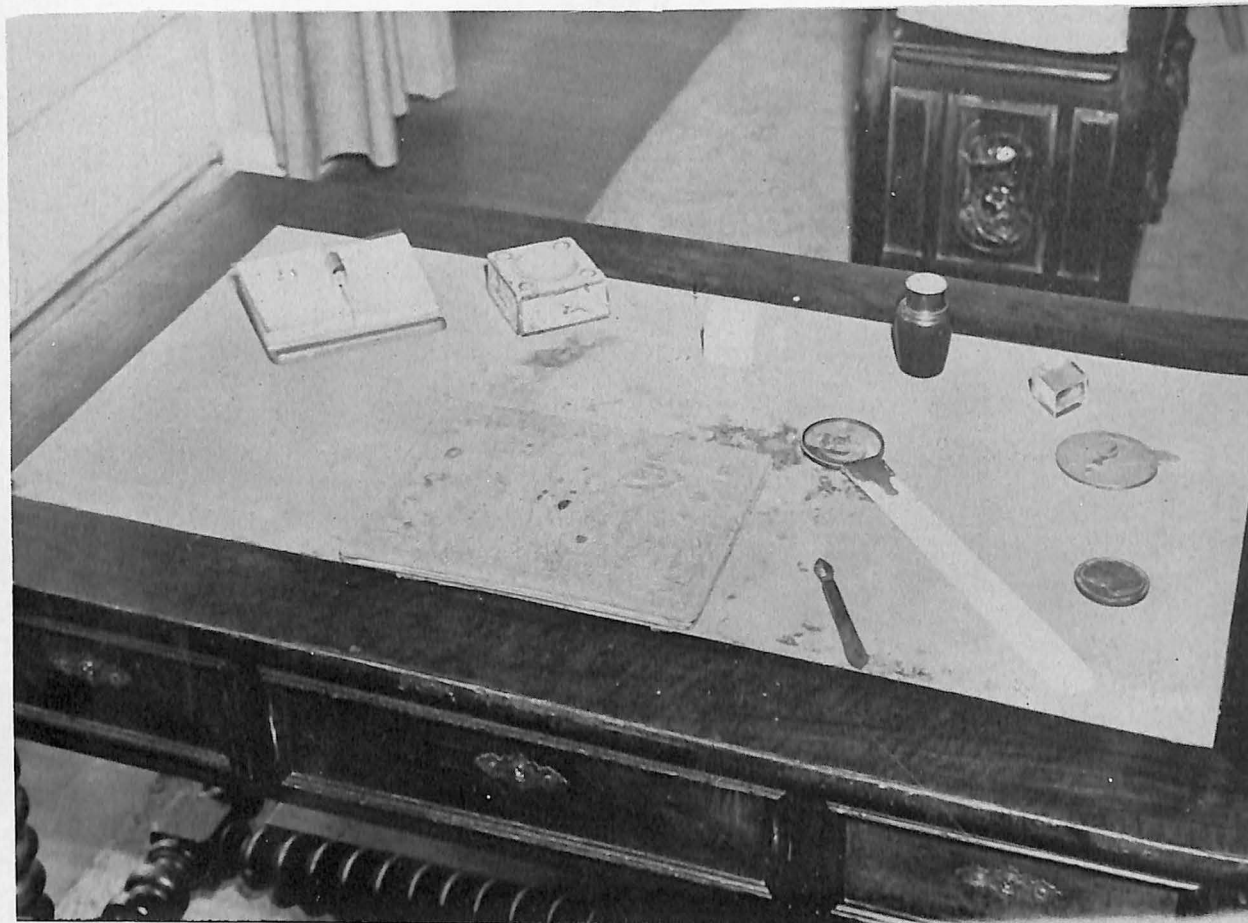
En un rincón está un violín “el instrumento del diablo”...



Dos estantes fronteros guardan los libros preferidos del poeta



... La mascarilla del poeta que muestra en la boca apenas entreabierta el leve, impresionante rictus de la muerte ...



... Allí un calendario abierto en la fecha, un día 24 en que abandonó Madrid...

A N E C D O T A R I O
A TRAVÉS DEL HUMANO CRISTAL DE
A M A D O N E R V O

Por MARÍA ELENA DE ANDA

Como todas las cosas que acontecen y tienen principio en un deseo, en una palabra, en un *fiat* a impulso de la voluntad, el presente trabajo obedece a esas causas, aunque no sé si sus efectos resulten a la misma altura o, por lo menos, correspondan a la nobleza de su fin:

Al iniciarse los preparativos para el XV Congreso de Sociología, cuya sede quedó fijada en la ciudad de Tepic, Nayarit, se pensó rendir un homenaje a la memoria del poeta nayarita Amado Nervo, organizando una velada literario-musical en la que se dijeran sus versos. Con tal motivo, el licenciado don Lucio Mendieta y Núñez, Director del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM y digno Presidente del Congreso de Sociología, me envió una gentil invitación para participar en el Congreso y recitar a Nervo.

Al recibir su carta-invitación, un torbellino de ideas se agolparon en mi mente: Miraba, en un mundo nebuloso, la figura y el espiritualismo del poeta y se abrían, ante mis ojos, perspectivas insospechadas con la llave de la intuición emotiva que en esos momentos me embargaba . . . Tal vez, acaso, era la fértil consecuencia de incidentes y experiencias vividas en torno a su persona nueve años atrás, a causa de una de esas graciosas pero trascendentes jugarretas del destino —llámensele *coincidencia*, *casualidad* o *providencia*— y que ahora, me ponían frente a él y ante un compromiso que voluntariamente asumía con un ímpetu ascendente de múltiple interés. Por tanto, me apresuré a contestar:

“Desde luego, acepto con mucho gusto su interesante invitación. En cuanto a los poemas de Nervo, he pensado escoger tres de aquellos que más lo caracterizan en su vida sentimental y terminar con el poema de “La Hermana Agua”, que considero el más completo por cuanto a la mística del poeta y sus conceptos universales.

“Hace algún tiempo al enviarle un libro a Margarita de Noyant de Nervo —esposa de Rodolfo—, a la casa de su sobrino que está frente a la mía, tuve el honor de ser recibida por la señora de la casa que no es otra que la hija de Ana Cecilia Elisa Dailliez —La Amada Inmóvil—. Estaba frente a Margot Dailliez, esposa de Rafael Padilla Nervo. Ella conserva el despacho de Amado Nervo tal como él lo dejó al salir de Madrid un 24 de mayo. Allí pude contemplar su escritorio con el calendario señalando esa



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
SOCIALES

BIBLIOTECA

AMADO NERVO — HOMENAJE

fecha; su telescopio; sus libros llenos de notas manuscritas; sus amadas figuritas de marfil; los retratos de Ana Cecilia y los de la familia Nervo, y mil detalles más que hablan del espíritu elevado del poeta, aderezado todo esto con las anécdotas interesantes que me contó Margot. Por tales motivos me es honroso participar en el homenaje que se le rinda. Atentamente y rúbrica”.

Así como para el licenciado Mendieta fue una sorpresa el contenido de mi carta que, aunque escasa de expresión, revelaba un mundo desconocido para la mayoría de las personas, también lo había sido para mí el día en que tuve acceso a ese recinto privado, gracias a una combinación de causas imprevistas; y, tal sorpresa, suscitó una modificación a los primeros propósitos del licenciado Mendieta, que en seguida me escribió:

“Ha sido para mí una sorpresa saber que inclusive existe un retrato de Ana Cecilia, pues en las obras completas de Amado Nervo, en donde se insertan varias fotografías, no está ninguna de ella. A pesar del libro magnífico de *La Amada Inmóvil*, a mí me ha parecido siempre tan misteriosa la existencia de Ana Cecilia, a la que no se refiere ninguno de los amigos de Amado Nervo y que por consiguiente no la conocieron, que llegué a considerarla como si fuera simplemente un sueño del poeta. ¿No sería posible conseguir una copia de esa fotografía?”

¡Oh, Dios! Cuántas imágenes pasaron por mi mente mientras leía esas líneas, por demás justas y razonables, ya que Ana Cecilia había vivido con Amado Nervo siempre

en absoluta discreción y nunca apareció ni aun en las reuniones íntimas, excepto cuando estaba presente sólo Rubén Darío, el amigo entrañable de Nervo. Los motivos o la causa poderosa que tuvieron para ello, sólo fue conocida en ambos. Quizás, un día se descubra el misterio que encierra y, entonces, no nos parezca desacorde en relación con ese amor enigmático “de fidelidad y hondura invariables hasta la muerte de la Amada Inmóvil, a quien conoció en París el 31 de agosto de 1901 ¡para toda la vida! . . . Y cuando la perdió en Madrid, el 7 de enero de 1912, Nervo guardó a una hijita de su muerta —Margarita Elisa Daillez, nacida en París el 7 de septiembre de 1900—, y la educó y amó como pudiera el padre más afectuoso, en aquellos años inmediatos a *Elevación*” —según escribe el R. P. Alfonso Méndez Plancarte, quien publicó *Nuevos Inéditos de Amado Nervo*, en los que inserta una carta que el poeta escribió a su hermana Concha, cuyo original manuscrito en papel luctuoso he tenido en mis manos junto con otros documentos, como el de la *Limpieza de Sangre de la Familia Nervo*, el *Acta de Defunción* de Ana Cecilia, la autorización legal que obtuvo Nervo para fungir como *Tutor* de la pequeña Margarita, los del Panteón de San Lorenzo, que amparan el *Sepulcro a Perpetuidad* de Ana Cecilia, y otros más, igualmente interesantes.

La carta dice así:

“Madrid, 12 de marzo de 1912.

Muy querida hermana Concha:

Te doy las más afectuosas gracias por la parte que te tomas en mi pena.

En efecto mi soledad es muy grande. Me he quedado en mi pisito donde vivía con mi Ana, y todo está allí saturado de su recuerdo. Sobre un mueble, su sombrero, puesto por ella al volver a casa el último día que salió. En un perchero su blusa, en otro su abrigo. Todo como cuando ella iba y venía llenándolo todo con el encanto de su presencia . . . Sólo ella falta. Ya te imaginarás mi angustia.

Cuando salgo, ya nadie se asoma al balcón a despedirme. Cuando llego, no me recibe su sonrisa. De más de diez años de vida común, de cariño, de solicitud continua, no me quedan sino unos retratos y un gajo de su pelo . . .

Hay dolores que no creería uno poder soportarlos y que realmente serían insoportables sin la esperanza de la muerte. Donde *ella* esté, tengo que estar yo un día. Ánimo, pues, y sigamos dando traspiés por este pedregoso camino . . .

Me queda, como compañía —si la ley francesa no me la quita—, la pequeña Margarita, que ya tiene más de once años y *se da cuenta* de lo que nos ha pasado. En memoria de mi Ana, que se preocupa mucho de su porvenir, he de procurar ampararla y velarle.

Y Dios dirá.

Recibe un cariñoso abrazo de tu hermano.

AMADO.

Desde la muerte de *Anita*, Nervo dejó escapar su secreto, y mil ecos repitieron su dolor inmenso, florecido en el libro magnífico de *La Amada Inmóvil*. Ella existirá siempre al lado de su "Amado bien amado". Ambos, también, existirán al lado de su *pequeña y querida* Margot.

Esa carta, dolorosa y humana, habla por sí sola y forma parte de lo que providencialmente he conocido en torno a la vida del poeta, sabiendo, desde entonces, que algún día tendría yo que darlo a los demás, aun cuando fuera sin más aderezo ni más engarce que mi propia emoción.

José Vasconcelos, considerado como uno de nuestros más altos filósofos contemporáneos, cuando daba un curso de Estética al que tuve el privilegio de asistir, nos dijo lo siguiente respecto a la emoción:

"La primera emoción frente a las cosas no es la admiración ni el asombro infantil; sino más bien la penetración íntima y recíproca, durante la cual, *la conciencia no ve en las cosas el orden uniforme que la experiencia demuestra, sino un infinito móvil que vibra al unísono con ella*".

Así, pues, apoyada en mi primera emoción frente a las cosas de Nervo, acepté la responsabilidad ante el llamado —de consuno atrayente— para desarrollar un tema de plural interés, quizás inabarcable por cuanto a su profundo contenido espiritual y humano.

Pero debo decir que no será este un trabajo de retroceder el tiempo para vivir al detalle, sucesiva y cronoló-

gicamente la vida del ilustre desaparecido. No, tampoco será un estudio psicoanalítico de su persona misma, cuya singularidad encarna un haz de valores ascendentes de inteligencia estética, de emociones, de voluntad, de pasión, de sentimientos y virtudes que lo estructuran y definen, envuelto —por decirlo así— en un manto de mística neblina sutil y penetrante, y que forman la totalidad de su ser, del que sólo nos han quedado unos cuantos retratos y su impresionante mascarilla ascética. Menos, aún, será este un trabajo enciclopédico-biográfico ni de crítica literaria, pues que de ello se han ocupado ya los especializados. Es, simplemente, una exposición —quizás anárquica y desordenada— en la que deseo transmitir una emoción vivida al través de los objetos materiales que fueron de su pertenencia, los que, al par que sus anécdotas, son alma y cuerpo de una multitud de imágenes e ideas que revelan su elevada calidad de hombre, y de hombre poeta, o sea: la de un elegido, la de uno de esos artistas que “no viven la vida de todos los días ni la de todos los hombres”; que participen de un hálito de Dios más refinado; que poseen la sensibilidad estética que ha de colocarlos en un plano más elevado, aun cuando en muchos casos esto sea para ellos motivo de sufrimientos, a veces perceptibles para los demás y, otras, tan ocultos, tan llevados de corazón adentro, que sólo viven en ellos sin el consuelo o la posibilidad de compartirlos más que con sus propios silencios y su propio dolor. . . . Todo esto va con él, muy a pesar de lo que él mismo escribió de sí: . . . *yo, como las naciones venturosas,*

y a ejemplo de la mujer honrada, no tengo historia. ¡Nunca me ha sucedido nada! . . .

Es obvio y naturalmente humano que el filósofo, el científico y el artista especialmente distinguidos, provoquen en las demás personas diferentes a su condición de privilegio una cierta curiosidad y un acentuado deseo irreprimido por conocer hasta el más nimio detalle de la vida íntima que llevó cada uno de ellos, a quienes se les considera —y con razón— seres *distintos* que, por ser sobresalientes al común denominador, incluso se les llega a colocar o a elevar a la categoría de los semidioses griegos. (Y ¡cómo evadió Amado Nervo esta consideración en virtud de su absoluta sencillez! que, lejos de vanagloriarle, más bien le molestó dentro y fuera de sí, aunque, al decir de muchos, jamás fue descortés). Sin embargo, para conocer a Nervo que verdaderamente se volcó en sus obras y se transparentó en ellas, habría que haberlo conocido personalmente, que mirarlo actuar y moverse, gesticular y expresarse, tal como nos lo recuerda vivamente Margot Dailiez. Cuando ella lo recuerda es siempre con vehemencia en la voz y en el ademán, y es capaz de hacernos *mirar* a Nervo con sus manos nerviosas y elocuentes, con su mirada profunda, inquisidora, penetrante, lejana y pícara a un tiempo. Es la voz de Margot la que nos transmite el eco de la *voz* de Nervo, su presencia y su carácter, y nos da la *verdad* de Nervo que va más allá de sus obras y está en él, en el hombre mismo, en el que ella conoció y a quien quiso y respetó como a un padre, *el mejor de todos*; y

cuando ella trata de decirnos cómo y cuánto comprende la protección de Nervo y su cariño hacia ella, nos está revelando al hombre y al poeta, ese, que supo entender a la mujer tan hondamente —como supo entender y vislumbrar tantas cosas bajo su condición privilegiada—, que bien podríamos llamarle *visionario*:

Además, la sola observación de las frases escritas por él a manera de autobiografía serían capaces de darnos un variado y amplísimo tema para lucubraciones múltiples, ya que, aprisionadas como están en síntesis activa, descubren una buena parte esencial característica del poeta y su espiritualismo, y perfilan y condensan sus posibilidades, sus limitaciones, su trascendencia vital e histórica, su singularidad y condición, su integridad y sus contornos. Pero, exponer aquí todo cuanto sugieren dichas frases en las que se adivina su destino anclado en el piélago insondable de su ser integral, no es el caso, y sería cuento inacabado, o un trabajo de desdoblar palabras, o un revuelo de palomas que no habrán de posarse en nuestro alero. Bástenos solamente con haber aspirado la nitidez del aroma que escapa de sus frases sencillas, las que, en pequeñas dosis, nos muestran la magnitud de AMADO NERVO.

Todo, pues, comenzó un 24 de mayo . . .

Existe un fenómeno que, a mí como a muchas personas, nos acontece y va relacionado con el tiempo y a

imitación de la naturaleza cuyos fenómenos se suceden por ciclos: Me refiero a la aparición de fechas y números que se repiten al transcurso de nuestra vida como una *señal*; como un *símbolo*, o como una *llamada de atención* para "algo" en que debemos parar mientes. A veces nos llega impreciso, y otras, en cambio, se distingue claramente.

En este *Anecdotario* el 24 de mayo se pronuncia insistentemente, así como otras fechas y números que irán apareciendo enlazados a la historia que no puede evadirlos.

Cada vez que necesariamente he visitado a Margot Dailliez de Padilla Nervo, ha sido en 24 de mayo; fecha en la que he sido *llamada* —por así decirlo— para conocer y dar a conocer una fase de la vida de Amado Nervo, a quien por cierto obsesionaba este fenómeno de números y fechas repetidas y subrayaron acontecimientos trascendentes y definitivos para él, especialmente el 24 de mayo.

Como dato curioso, añadido:

El 24 de mayo de 1918, Amado Nervo y Margarita Dailliez salieron de Madrid hacia México —según él por dos meses—, dejando intacto su departamento de Bailen 15, a donde jamás volvió.

El 24 de mayo de 1919, Amado Nervo moría solo en Montevideo, Uruguay, a causa de un ataque de uremia que sufrió el día 18 anterior, mientras presidía el Congreso Americano del Niño. Sus últimas palabras —que me recuerdan a Göthe— fueron: *Yo no quiero morir sin ver el sol.*

El 24 de mayo de 1955, impensadamente, y por una mera casualidad, visitaba yo por primera vez la casa de su sobrino Rafael Padilla Nervo, casado con Margarita Elisa Dailliez. Fue entonces cuando conocí el despacho del poeta y cuando conocí parte de sus más sobresalientes anécdotas en la voz de Margot, a quien tuve el honor de dedicarle un libro de mi *Poema Castellano*, instándome, gentil y delicada, a ocupar el sillón del escritorio que tantas veces soportó balanceándose la envoltura corpórea del hombre poeta cuyos ojos claros y profundos miraron más allá de las cosas deleznales.

El 24 de mayo de 1962, a 7 años de distancia involuntaria, sin darme cuenta de la fecha, les hacía una segunda visita a los señores Padilla Nervo para invitarlos al homenaje que la UFIA le rendía al poeta nayarita en la sesión cultural reglamentaria de esa Institución, en la que nuestro poeta tabasqueño Carlos Pellicer hizo un estudio panorámico de la época, la vida y la obra de Amado Nervo. A esa sesión también asistió Rodolfo —hermano de Amado— muerto ya el 6 de octubre de ese año, a quien sobrevivía Elvirita, su hermana, muerta el 24 de agosto de 1964 y con quien vivió Margot desde que vino a México hasta que se casó en 1922.

El 24 de mayo de 1964, con las cartas que me envió el licenciado Mendieta y Núñez durante las dos primeras semanas de ese mes, urgida de tiempo y también sin per-

catarme de la fecha, visitaba por tercera vez directamente a Margot para rogarle establecer entrambas una serie de conversaciones y poder abastecerme de datos para lograr este trabajo que, en parte, expongo ahora.

Durante aquella mi primera visita era yo una pregunta simultánea y multiforme, sellada en mis labios por el asombro. Mis ojos iban de uno en otro sitio, de uno en otro objeto sin acertar más que a decir: “¡No es posible!” . . . Y, sin embargo, estaba en el despacho de Nervo, a 36 años de muerto, pero vivo en sus recuerdos, en su palabra y pensamiento; vivo en sus libros y manuscritos, y en la presencia misma de Margot en su despacho (al que ella llama *mi refugio*, porque en él se conjugan cariños y añoranzas). Me parecía increíble estar en esa estancia luminosa que da acceso al mundo silencioso, pero impregnado de vivencias, de amores y recuerdos, que están allí latentes y dan testimonio de la existencia de un hombre, de un poeta, de un patriota, de un místico: AMADO NERVO. De pronto, al observar los objetos que están colocados encima del escritorio, miré un calendario desdoblado de par en par como para absorber íntegro el tiempo, señalando —como ahora y para siempre— un *24 de mayo de 1918*; 24 de mayo, que a la vuelta de un año exacto, sería una fecha indeleble en la historia de las letras mexicanas: *24 de mayo de 1919* que rescataba a Nervo, con su muerte, para darlo a la posteridad sumado al número de los elegidos.

Refiriéndole a Margot este fenómeno de números y



fechas que aparecen obstinadamente aferrados a su historia, me dijo sonriente: —al señor Nervo le ocurría lo mismo, y alguna vez me hizo esta observación: “Fíjate Margotón cómo nos persiguen los números: Tu número es el 7, porque el 7 de septiembre de 1900 naciste tú; el 7 de septiembre de 1903 murió tu tía Hélène; el 7 de enero de 1912 murió tu adorada madre. Ahora estamos en 1917 —se quedó pensativo, agregó algunos números combinados a una fecha que no recuerdo y preguntó—: ¿No te ha pasado nada? . . . —No *Señorín*”. Al día siguiente recibimos un telegrama de París, avisando de la muerte de mi padrino Henri Prosper Patriau, que había ocurrido el día anterior . . . Por cierto que mi hijo Amado nació el *7 de enero* de 1923, precisamente 11 años después de la muerte de mi mamá.

Aunque atenta a lo que estaba escuchando volví la cara al muro que tenía a mi espalda, atraída por no sé qué impulso mío de mirarlo todo, y vi una caricatura de Nervo junto a unos cuadros de Ruelas y de Montenegro. Sin dejar de mirarla, pregunté: —¿De quién es esta caricatura tan estupenda? —Es de Ernesto García Cabral. Se la hizo en Madrid—. Margot descolgó el paspartú que la contiene y leímos la dedicatoria: “A Don Amado Nervo con todo mi cariño y estimación. Cabral. Madrid, 19 de julio de 1916”. —¡Bueno! —exclamé— ¡esto es el colmo, señora! . . . Hoy estamos a *19 de julio* . . . Las dos reímos y, Margot,

en actitud comprensiva y graciosa levantó el dedo índice, añadiendo: “¿Ya ve usted cómo sí es cierto? . . .”

Después, recordando las actitudes *muy patrióticas* de Nervo, que con una gran dignidad supo siempre poner en alto a México y que no permitió jamás se menospreciara a ningún mexicano hasta el punto de llegar a la exaltación y al enfurecimiento, tan desacordes con su naturaleza de hombre ecuánime y reflexivo. “En cierta ocasión, estando en el restorán “Calisaya” en París, en compañía de Rubén Darío, Jean Moreas, Oscar Wilde, Talero, Guillermo Valencia y González de Mendoza —quien contó la anécdota—, de improviso llegó al cosmopolita cenáculo un linajudo conde francés, amigo de Moreas, el cual hizo las presentaciones de costumbre, añadiendo la nacionalidad de cada uno de los circunstantes; cuando tocó el turno a Nervo, el aristócrata rehusó saludarle, y comenzó a hablar despectivamente de los mexicanos recordando el fusilamiento del Archiduque Maximiliano de Hapsburgo; y entonces la mano de Nervo se alzó colérica para castigar la afrenta, y a duras penas pudieron Darío y Talero contener el ímpetu de Amado, que en aquellos momentos se olvidó de que era poeta místico, para sentir vigorosamente que descendía de *raza de águilas y raza de leones* . . .”

Aquel Nervo de rostro pálido, barba y bigote, nariz afilada y mirada profunda; aquel *fraile* o *monje del arte* —como lo llamara en ocasiones Rubén Darío—, era, al decir de todos, sumamente simpático, cuya conversación

amenísima se sazónaba siempre con su humorismo agudo; no obstante sus silencios y su sonrisa dulce o sus recogimientos y su filosofar, el manantial de su palabra inagotable se dejaba escapar en discurso flúido y en su cálida forma de recitar.

En más de una ocasión sus convicciones firmes, su rectitud y valentía le provocaron momentos difíciles, como aquel en que habiendo llegado una persona a visitarlo, mirando de reojo se dio cuenta de que le había tomado ciertos papeles de encima de su escritorio. Discretamente le hizo entender que se había dado cuenta de que faltaban y procuró la forma de que le fueran devueltos. Naturalmente aquella persona se molestó y, para defender su culpabilidad, amenazó a Nervo. ¡No lo hubiera hecho!, porque, inmediatamente y con la voz alterada, le dijo: “*No permito que se burlen de un mexicano. Esos papeles no tienen mayor importancia y tal vez las cosas se hubieran quedado como estaban si usted no me hubiera amenazado; pero, como lo ha hecho, voy a llamar a la policía . . .*” Y los dos, ¡fueron a dar a la Comisaría!

“Es triste —decía Nervo a sus amigos en Madrid—, pensar que entré en la Diplomacia por vivir en París, y apenas he podido dar allá fugaces escapadas” . . .

De una de estas *escapadas* a París, Margot me contó que: “En 1912, cuando el señor Nervo se enteró de que don Porfirio Díaz estaba en París, solo y desterrado, se dispuso a visitarlo: —Señorín —le dijo—, ¿no es peli-

groso que usted vaya a verlo? —No —repuso con firmeza—. Yo no soy político, soy un mexicano y éste (señalando el retrato periodístico de don Porfirio), es un mexicano en el destierro y voy a conversar con él”.

Al terminar, diciendo lo anterior, Margot se había levantado del sillón de Nervo que rechinaba con una musiquilla de resortes al vaivén de sus movimientos; tomó uno de los libros del librero principal del despacho y, abriéndolo, me enseñó la dedicatoria: “*A Amado Nervo tras largo silencio. Su amigo, Miguel de Unamuno*”, y, más abajo, escrito por Nervo: “*No le tengo olvidado, pero soy tan . . . ¡como Dios me ha hecho! y contra Dios no hay remedio*”. “Sus libros —agregó— están llenos de notas como ésta, y contienen un tesoro espiritual que a mí me ha servido de mucho. Venga usted seguido a verlos. Afortunadamente, la educación que él me dio, sus consejos, sus pensamientos, me han confortado siempre” . . . Luego, abrió un pequeño libro y leyó: “*Cuando aceptemos enteramente la voluntad de Dios, las pruebas ya no nos serán necesarias*”.

“*Dios se ocupa de los que se olvidan*”.

“*Da siempre lo que puedas dar, todo, si uno quiere darlo, pero no permitas que abusen de ti*”.

“*Se puede hacer un salto en las tinieblas cuando está uno seguro de caer en los brazos de un Padre*”. Estos pensamientos los subrayó el señor Nervo un mes antes de

morir y, alguna vez me dijo: “*A veces, lo más imprevisto es lo más definitivo*”. Y, ya ve usted: salimos de Bailen 15, según él por dos meses, y fue *definitivo* ese viaje para él y para mí . . . Siempre tuve la inquietud de rescatar las cosas que se habían quedado allá al cuidado de la administradora de la casa, Lucía de las Heras Negrete; y cuando desmontaron el departamento y todo fue almacenado en una bodega, yo solamente recibí de ella un telegrama lacónico: *Casa deshecha. Dirigirse Fernando Católico 28*. Pero estando tan lejos, no pudimos hacer nada; hasta que, en 1933, cuando Chicho, Narciso Bassols era Ministro de Educación Pública le dio un nombramiento en la Secretaría a mi esposo y entonces fuimos a Madrid a rescatarlo, pagando el importe de varios años de almacenaje. Todo estaba allí, menos la cabecita de marfil que el señor Nervo arregló poniéndole una toquilla de seda negra y encajes. Tampoco aparecieron los dibujos de Julio Ruelas, y ¡eso sí que lo siento mucho!, porque no pude cumplir con una voluntad expresa del señor Nervo. Varias veces me dijo, tal vez presintiendo su muerte: “*Margotón, cuando muera, quiero que estos dibujos de Ruelas pasen a poder del Gobierno de México, como un tesoro nacional*”. Tal vez alguna persona los compró y, por tanto, tiene derecho a ellos. Pero me duele no haber podido cumplir con esa voluntad del señor Nervo”.

Durante cada una de mis visitas al despacho de Nervo, cerca de Margot y contemplando infinidad de manus-

critos, objetos y curiosidades de fines y principios del siglo, el tiempo se me fugaba insensiblemente. Siempre he salido de su casa esperanzada de volver a reanudar el hilillo luminoso de sus palabras.

Una tarde, después de haber visto un retrato de Nervo vestido con el traje oficial de Diplomático, me dijo: —El era muy sencillo, más bien austero en el vestir; nunca usó alhajas ni nada superfluo, aunque eso sí, era muy pulcro. Tenía un abrigo de paño negro muy fino, entallado, que se ponía sólo en ocasiones especiales: era su abrigo *catrín* —comentó ella en tono festivo, arrastrando sus graciosas “eres” francesas—. En aquella época, debido a los disturbios del Gobierno en México, destituyeron al señor Nervo de su cargo como diplomático. Prácticamente lo dejaron en la calle. Yo estaba muy chica, pero me llamó a su despacho y, abriendo un estuche de cuero en el que había distintas alhajas (tal vez de la familia y las que le regalaban), me preguntó: “¿Cuál de todas estas alhajas te parece la más discreta?” “Esta, Señorín”; y señalé un fístol que sólo tenía una perla alargada en forma de pera. “Bueno” —se concretó a decir complacido—: “me la voy a poner”. Más tarde, apareció dispuesto a salir de la casa con su abrigo de paño y el fístol en la corbata. Sorprendida, le dije: “¿A dónde va el Señorín tan guapo?” “Voy a ver al Ministro, porque me han quitado el empleo. Por eso voy bien arreglado. Ahora, que ya no tenemos nada, no quiero causar lástima . . . *Un mexicano, y menos aún en un país*

BIBLIOTECA - UNIVERSIDAD NACIONAL

AMADO. NERVO — HOMENAJE

extranjero, nunca debe causar lástima". Las Cortes Españolas —continuó Margot— trataron de ayudarlo a instancias de amigos suyos, pero él, tan sencillo, tan humilde como era, rehusó profundamente agradecido tan alta distinción, escribiendo una carta a don Luis Antón de Olmet.

Al día siguiente de la muerte del poeta, los diarios publicaron la noticia del deceso junto con una serie de artículos encomiásticos, entre los que apareció esa carta. Dice así:

“Mi muy querido amigo:

Con indefinible sorpresa, que me produce una de las emociones más hondas de mi vida, acabo de leer el nobilísimo discurso que usted, como simpático portavoz de un núcleo de escritores y artistas madrileños y barceloneses, ha propuesto en las Cortes que se me conceda una pensión de 7,500 pesetas anuales, en vista de la anormalidad de mi situación económica, dimanada de la crisis porque ha atravesado México, mi adorada patria (donde, felizmente, parece alborear un nuevo día). Con no menor emoción he leído asimismo las elevadas palabras con que el ilustre señor Ministro de Instrucción Pública acoge esta iniciativa.

Si el amor que a España tengo no fuese ya, merced a su máxima y serena grandeza, incapaz de aumentar, crecería aún ante esta muestra de cordialidad incomparable.

No aceptaré, empero, al ayuda a que su bella proposición se refiere; porque, aun cuando mi situación pecuniaria es sobrado modesta, yo, como "Azorín", soy un "pequeño filósofo", y los pequeños filósofos, vivimos con muy poco y hasta tenemos cierto amor a la "austeridad", que es una de las grandes virtudes de la "raza", y que no sienta mal, por lo demás, a un poeta místico.

Pero si no acepto la ayuda material, sí, con todo el corazón, con toda el alma, acepto la ofrenda espiritual. Me complace y me orgullece íntimamente que en las Cortes Españolas un diputado, con la hidalga aquiescencia de todos, me consagrara cálidas palabras de afecto, que su delicadísimo sigilo haya sabido sorprenderme con homenaje tan inmerecido, tan gallardo, y al propio tiempo me halaga infinito tener en mi espíritu un motivo más de reconocimiento para la madre que con tal actitud, enaltecedora y tierna, me acoge en su regazo.

Hay intentos que, por hermosos en sí mismos, contienen toda su plenitud y no han menester ya traducirse en actos. Este intento, mi querido amigo, es uno de ellos, y la impresión que me produce ha de ser de las que con más dulce avaricia guarde en ese escondido "santuario" en donde, temblorosos, depositamos la cosecha de amor y de simpatía que nos fue dado recoger en nuestra peregrinación por la existencia.

Siempre tuyo.

AMADO NERVO".

La última tarde que estuve en el despacho de Nervo —antes de comenzar este trabajo—, mientras Margot acomodaba libros, fotografías y objetos distintos que habíamos visto juntas, yo la miraba en silencio. De pronto, no sé qué sacudimiento emocional me hizo decirle: Señora, un día, México le agradecerá el haber reconstruido el tesoro material y espiritual de Amado Nervo . . . No pude continuar, porque quedamos confundidas en un abrazo y llorábamos en comunión de sentimientos . . . Después, con la voz matizada en sordina, me dijo: “Lo hice como un recuerdo de gratitud hacia él, que fue tan bueno conmigo . . . Estoy orgullosa de ello, y de haber dado a México —que considera medularmente su patria— a tres hijos varones, Amado, Rafael y René”.

No hubo más palabras, entonces, que las indispensables en una despedida cordial y cariñosa, con la promesa y el profundo interés de volver . . . Había tantas cosas ahí, lejos de mi conocimiento, distantes de mis ojos, ausentes de mi cercanía . . .

Al salir, volví a mirar el telescopio de Nervo, colocado frente al ventanal de su despacho, en la misma posición que tuvo en Bailen 15, apuntando hacia el poniente. Erguido en su tripié, da la impresión de ser un centinela, un guardián silencioso, un confidente de los sueños, filosofías y misticismos del poeta, que avaramente los oculta tras la lente cubierta para siempre . . .

Al mirarlo, cuántas veces he pensado —conociendo el encanto que el cielo ejerció en el ánimo y en la mente de Nervo— que: el poeta manejó el espíritu de las palabras lo mismo que el de las estrellas . . .

Su pasión por el cielo fue tanta como por la poesía.

El 7 de septiembre (y vuelve la repetición de esa fecha) y el 5 de octubre de 1904, leyó un trabajo suyo, como socio, en la Sociedad Astronómica de México, intitulado *La Literatura Lunar y la Habitabilidad de los Satélites*.

¡Cuántas veces habrá imaginado mirar en una estrella el rostro de su Amada! ¡Cuántas otras, también, en el conjunto sinfónico de las constelaciones, habrá deseado mirar la beatitud de Dios! . . .

Hoy, desde la Eternidad, ¡seguramente lo contempla! . . .

SE TERMINO DE IMPRIMIR ESTE
LIBRO EL DIA 28 DE JUNIO DE
1965, EN LOS TALLERES DE LA
EDITORIAL CULTURA, T. G.,
S. A., AVENIDA GUATEMALA
Nº 96, DE LA CIUDAD DE ME-
XICO, D. F., SIENDO SU TIRO
DE 1,000 EJEMPLARES. LA EDI-
CION ESTUVO A CARGO DEL
SEÑOR JOSE MARIA AVILES.

Nº 312

U N A M

FECHA DE DEVOLUCION

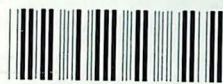
**El lector se obliga a devolver este libro antes
del vencimiento de préstamo señalado por el
último sello.**

7.6 OCT 2006



UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE
MÉXICO

PQ7297
.N5
Z593



* 3 2 3 3 7 *

UNAM - INST. INV. SOCIALES

PQ7297
.N5
Z593

SS.032337

AMADO NERVO

PC
.N
Z5